

Comentarios y reseñas críticas

La gran transformación de la democracia. De las comunidades primitivas a la sociedad capitalista

FEDERICO TRAVERSA

CSIC, UDELAR, Montevideo, 2011, 149 páginas

Por Paulo Ravecca*

De Tomás Moro, el índice de Gini y más allá. ¿Es acaso posible decir algo original y profundo sobre la democracia aún hoy? Sí, lo es: Traversa lo hace a través de la intersección entre teoría política (clásica y moderna) y economía política.¹ Es precisamente, al menos en mi perspectiva, la operación de colocar ‘juntos’ a autores, problemas y conceptos que el sentido común académico tiende a separar lo que vuelve a éste un libro verdaderamente intelectual, que además discute cosas importantes ‘desde’ el Sur y en clave universal. Dicho esto, debe anotarse, en términos más simples, que el libro ‘aplica’ un enfoque de economía política al problema de la democracia. El argumento central es que pueden identificarse dos tipos de equilibrio democrático: el de las democracias comunitarias asociadas a la homogeneidad económica del demos y el de las democracias modernas capitalistas donde hay heterogeneidad (o sea, desigualdad). La clave analítica estará precisamente en la desigualdad, que es lo que tensiona a las democracias. En las sociedades “primitivas”² la igualdad política va de la mano de la igualdad económica lo cual supone que las tensiones redistributivas tienden a ser nulas y por ende el equilibrio democrático estable.³ Opuesta es la situación de las democracias modernas, cuyos niveles altísimos de desigualdad volverán inestable a su equilibrio democrático. Así, el giro schumpeteriano de la teoría y la práctica democrática es el correlato de la radical división del trabajo (capitalista) de las economías modernas⁴ o en otras palabras, de la Gran Transformación polanyiana, y de allí (asumo) el título del libro. El pasaje de la reciprocidad y la redistribución al intercambio en tanto modalidad de integración económica predominante, esto es, la primacía de la lógica del mercado, ha tenido implicaciones profundas para el funcionamiento de la democracia, que también sufrió una ‘gran transformación’. Cambian así las bases económicas del gobierno de todos, o las estructuras donde la democracia ‘ocurre’, impactando en sus resultados e incluso en su naturaleza, como veremos más adelante.⁵

Primera y fundamental constatación, entonces: la hipótesis (o perspectiva ideológica) de que el desarrollo económico genera democracia se ve severamente cuestionada: “a pesar de que algunos autores han insistido en que el desarrollo

* Docente e investigador en el ICP-FCS-UDELAR.

¹ La ‘intersección’ es más amplia, en realidad, y abarca a la historia (que es fundamental, como se verá a lo largo de la reseña) y a la antropología, y quizá me esté olvidando de algún otro componente. Lo que el reseñista quiere destacar es la noción de intersección o encuentro entre perspectivas separadas como forma de ensanchar y volver más profunda a la mirada analítica.

² El concepto elegido por el autor (el de “primitivo”) puede ser visto como problemático. He decidido, para esta reseña, hacer caso omiso a dicha problematicidad, lo cual puede ser visto (repito los términos deliberadamente) como más problemático aún.

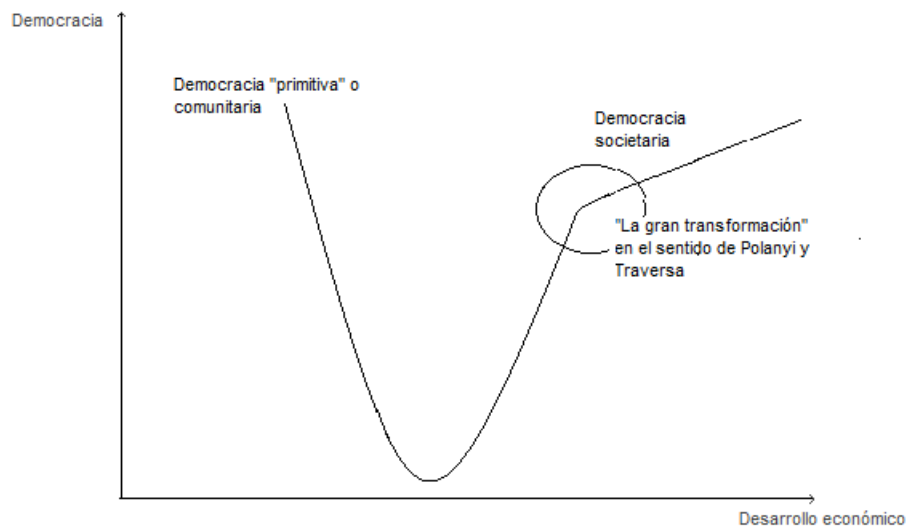
³ La guerra de todos contra todos se da más bien en la modernidad, y es precisamente para sancionar la ley y el orden que Hobbes proyecta ese estado de peligro e incertidumbre *al* imaginario estado de naturaleza.

⁴ Está claro, sin embargo, que las preferencias de ‘los ricos’ no se ‘fabrican’, especialmente cuando tienen que ver con aumentar los impuestos o reducir el gasto público, por ejemplo.

⁵ Peligro potencial para la polis ya divisado por Aristóteles, para quien la usura es un modo de adquisición nacida del dinero mismo.

económico explica el surgimiento y equilibrio de la democracia (...) esta percepción resulta por completo infundada” (114). Correlación no es explicación: la correlación positiva entre PBI per cápita y duración de la democracia (Przeworski *et al.* 2001) no indica causación. Si hubo sociedades pobres y democráticas (como ha reconocido el propio Robert Dahl, entre muchos otros), ¿cuáles son, finalmente, los fundamentos económicos del gobierno de todos? Para Traversa la explicación del fenómeno democrático debe buscarse en las *pautas de distribución de la riqueza*. Vayamos por partes. Ya dijimos que en las sociedades homogéneas el equilibrio democrático es estable. Mientras tanto, contemporáneamente se constata que la mayoría de los golpes de Estado que se dan contra gobiernos democráticos tienden a ser de derechas, o sea, anti-redistributivos. Las democracias capitalistas parecen quebrarse (o parecen ser quebradas) cuando emerge la amenaza de la distribución radical (cuando hay un intento de reintroducción de los principios de reciprocidad y redistribución y un desplazamiento de la lógica de mercado). Lo que explica el equilibrio democrático (inestable) cuando lo hay será entonces, al menos en buena medida, *una moderación de los impulsos redistributivos*. Precisamente, se constata que “la mayoría de los ciudadanos pobres en las democracias capitalistas no optan por una redistribución radical” (90). El análisis de Traversa prosigue con precisión, mucho sentido común y contundencia: si bien en los países de mayor desarrollo económico (que tienden a ser las democracias estables) hay una menor desigualdad inter-grupal entre pobres y ricos, hay una elevada desigualdad intragrupal entre ‘los pobres’ que genera serios problemas de acción colectiva. Ergo, ‘los ricos’ *no precisan* destruir la democracia. Adicionalmente, la participación política decrece consistentemente con el desarrollo económico.

Pensar con y desde el libro. Embel et al (1997), comenta Traversa, “llegan a la sorprendente conclusión de que la relación entre participación política y desarrollo económico toma la forma aproximada de una U” (115). El autor está de acuerdo con esto pero subraya que las condiciones en que estos equilibrios democráticos se dan son bien disímiles. Siguiendo su análisis, la democracia comunitaria, con sus dinámicas de solidaridad ‘mecánica’ y libertad positiva, está más ajustada al principio fundamental de la democracia: la igualdad. Las democracias capitalistas, con toda su sofisticación política, cultural y tecnológica, donde las posibilidades del ‘destino colectivo’ deberían ensancharse, tienen a los sectores menos favorecidos atados de pies y manos por un motivo u otro: o porque la democracia es estable pero desigual (los sectores medios juegan un rol clave en la moderación de los proyectos ‘de izquierda’), o porque la democracia se quiebra cuando la distribución aparece como amenaza. Este reseñista se pregunta entonces si no sería la de abajo una mejor forma de ilustrar el argumento del autor (figura 1). Si bien Traversa no parece ubicar cronológicamente de forma muy explícita la gran transformación (“de la democracia comunitaria a la societaria”) creo que el paralelismo con Polanyi es insoslayable. ¿No se tuerce hacia afuera la segunda ‘pierna’ de la U con la gran transformación? El mismo autor parece sugerir esto.



Se me puede indicar que estoy confundiendo mecanismo o dinámica institucional (democracia) con su “resultado”, o aún peor, con las condiciones en que esa dinámica institucional se halla inmersa (desigualdad). No creo que sea así: si el resultado o las condiciones son constantes, y en cierto sentido lo son (democracia capitalista y redistribución radical no se dan la mano nunca) entonces éstos pueden ser internalizados en el concepto de que estamos hablando. Esto es: la democracia societaria es desigualitaria y si *lo democráticamente decidible* está limitado de antemano, ¿no hay al menos ‘una amortiguación’ de la democracia’?⁶

Para Traversa la desigualdad tiene implicaciones políticas sustantivas. Sin embargo, trata a esta desigualdad provocada por el ‘desarrollo’ como las condiciones ‘no políticas’ en que la democracia está instalada. Esta mirada es discutible (¿no son las condiciones sociales ‘política sedimentada’ de algún modo?, ¿y es el ‘desarrollo’ algo que meramente ‘ocurió’, una entidad neo-positivista y apolítica?), y termina alimentando la idea de que la desigualdad ha sido necesaria, o sea, de que el “progreso” en términos de avance tecnológico y organizacional derivó ‘necesariamente’ en la desigualdad.⁷ En algún sentido, la correlación negativa entre reciprocidad y división del trabajo nos ubica en un dilema tan terrible como el de Freud y su ‘correlación negativa’ entre avance de la cultura y felicidad: para ser cultural, económica y políticamente ‘elaborados’ tenemos que ser infelices y desiguales.

Este reseñista cuestiona: ¿dónde queda la política como práctica humana en un planteo o análisis como éste? Quiero decir, se habla de “sociedades” a un gran nivel de generalidad y en clave, por así decir, “estructuralista”, donde no veo lugar para liderazgo transformador de tipo alguno, ni para el azar de la dinámica política. Cuestiones como la ideología, la hegemonía y la geopolítica son expulsadas del análisis. Los sectores medios hacia abajo, entonces, ¿no distribuyen por una mera posicionalidad estructural? ¿Es que acaso se asume el *homo economicus* que se trata de desnaturalizar

⁶ Sin pretender ofender a mis pares liberales, esto desafía la acriticidad que ha predominado frente al concepto de democracia liberal que ha internalizado al capitalismo como componente inherente explícita o implícitamente, operación que es harto discutible (baste recordar que Dahl dice por ahí que la propiedad privada no es condición necesaria para la poliarquía). Es preciso poner al liberalismo en su lugar y recordar que “ni siquiera los más reconocidos pensadores liberales del siglo XIX fueron verdaderamente democráticos” (51-52).

⁷ ¿Debemos asumir que el desarrollo es *per se* capitalista, entonces? ¿Es que acaso puede leerse el llamado normativo al final del libro como una invitación a ‘des-desarrollarse’?

en el planteo?⁸ ¿No hay otros factores en juego? ¿Es la desigualdad entonces causa o efecto del juego político? ¿*Vuelve la economía (distribución de la riqueza en este caso) a ser 'infraestructura'*? El giro normativo que cierra el libro muestra que no, pero en el análisis relativamente 'apolítico' de la desigualdad encuentro cierto mecanicismo. Trato de explicarme mejor: en el libro no hay una mirada política a las condiciones económicas que impactan en la democracia que por tanto aparecen como *dadas*. Así el llamado final de Traversa a valorar otros equilibrios (ambiental y democrático) por sobre el de mercado *tiene algo* de paradójico o impotente dado que no existen las condiciones estructurales –económicas– para que tenga andamio político.⁹

En una dirección distinta de crítica podríamos preguntarnos, ¿puede realmente calificarse como “democrática” a una sociedad donde hay una casi absoluta “identidad” de intereses o es precisamente el problema de lidiar con la diferencia el gran desafío democrático? ¿Forman parte, estos dos equilibrios democráticos, de la misma especie de fenómenos? ¿Qué tipo de continuidad significativa puede pensarse entre las comunidades ‘primitivas’ (o incluso la ya ‘avanzada’ y desigualitaria polis griega), y la poliarquía de hoy? En una reivindicación (o romantización) de las comunidades homogéneas podría leerse entrelíneas una implicación conservadora que normaliza ciertas formas de vida. Que el destino personal esté *confundido* en el de la comunidad me hace pensar en una suerte de totalitarismo ‘mecánico’ sin ‘demos’ ni subjetividad política. Traversa reconoce que “el respeto a la diversidad es, en buena medida, un logro reafirmado recientemente, gracias a la modernidad liberal” (129). Es como si para tener diversidad entonces hayamos precisado la desigualdad: el liberalismo las soldó, y este libro navega tal complejidad. El problema es precisamente que *los discursos de la diferencia* modernos y posmodernos *han normalizado la desigualdad*. Habría que ver, por otra parte, si en sociedades donde hay tal desigualdad que ‘unos hombres pueden comprar a otros’, puede hablarse efectivamente de “diferencia” y de si no puede pensarse la relación entre igualdad y diversidad de modos alternativos. Porque además, “los derechos humanos suelen sufrir otra violación, pasiva, por omisión muy relacionada con la desigualdad económica” (Ídem).¹⁰ En todo caso hoy no hay un exceso de libertad positiva sino falta de democracia a favor de la mayoría: la política se encuentra “estructuralmente condicionada por el poder de la estructura económica” (130).

El punto de llegada fundamental es el siguiente: si “el desarrollo supone un grado de evolución de las fuerzas productivas y de la división del trabajo”, el mercado supone el predominio de “una forma de integración: el intercambio” y “la democracia supone cierta institucionalidad política” (121-122) estas dimensiones se interrelacionan de una forma compleja que no admite unidireccionalidad de tipo alguno. Lo que sí queda claro en el argumento es que el capitalismo constriñe lo que las democracias

⁸ La lucha entre pobres y ricos se basa en el concepto de “eficiencia” que se critica: todos quieren más.

⁹ El grito de Marx “proletarios de todo el mundo, ¡uníos!” estaba respaldado por la maquinaria de la historia tal cual él la analizó. Su mecanicismo predecía lo que propugnaba, mientras que el llamado normativo de Traversa a cuidar otros equilibrios en detrimento del de mercado no parece sustentarse en lo que su propio modelo predeciría: la estructura de la desigualdad es tal que no parece viable. (En realidad, solo una lectura positivista puede ver la contradicción –mecanicismo vs política– como un problema. Todo análisis mecanicista crítico alberga la esperanza de romper la maquinaria analizada, y *por eso sería una lectura muy mecanicista esencializar al mecanicismo*. Por momentos, Traversa no es muy justo con Marx en este sentido, y este libro puede ser víctima de la injusticia que él ejerce con el autor alemán, que es lo que hice yo en esta reseña).

¹⁰ Y esto sin contar el infinito prontuario de violación de los derechos humanos de los gobiernos del país que ha sido visto muchas veces como *el* modelo de democracia para el mundo: Estados Unidos de América (recientemente un politólogo destacado me dijo: “las democracias desarrolladas no entran en guerra con otras democracias”, y yo pensé: no, en ese caso orquestan golpes de Estado).

pueden hacer y en ese sentido nos podemos preguntar si en el fondo no hay *cierta* incompatibilidad entre ambos.

Este libro posee una dimensión pedagógica. Destaco especialmente la manera efectiva y clara en que algunos conceptos y problemas son abordados, desde el precioso diálogo de las primeras páginas, donde se muestra cuán ideológicos podemos ser los ‘expertos’ en la naturalización del status quo, hasta la concisa explicación de las nociones de libertad negativa y positiva de las páginas 124 y 125. (Por cierto, el apunte de cómo la libertad negativa puede ser compatible con una dictadura es brillante). En la parte final del libro hay incluso apuntes sobre epistemología de las ciencias sociales que si bien son parte del sentido común ‘crítico’ de cierta academia ‘global’ no son frecuentes en una comunidad relativamente aepistemológica como la nuestra: observación supone interpretación e interpretación supone contexto histórico-ideológico en acción. “Las formulaciones a las que arriban las ciencias sociales, difícilmente son inocuas o ingenuas respecto a sus efectos sobre la convivencia humana” (139). Si bien resulta un tanto sorprendente que sea necesario este señalamiento, aún lo es, así que bienvenido. Curiosamente Traversa no lleva este enfoque hasta sus últimas consecuencias y termina siendo más benevolente de lo necesario: “Aquellos que piensan que el desarrollo económico nos volvió democráticos también ven a la tierra estática, ven la historia humana anclada e inmóvil desde la perspectiva de los últimos 150 años en la sociedad capitalista (...) Manejar conceptos que quedan restringidos a nuestra propia experiencia histórica es un problema muy grave en las ciencias sociales” (140). De acuerdo, pero este reseñista agrega: y es, paradójicamente, *una forma de borrar la historicidad de nuestra experiencia histórica (en este caso, la democracia capitalista), totalizándola y volviendo ideológica*. Desaparece el ‘afuera’ pensable no solamente hacia atrás sino lo que es más grave, hacia adelante. Donde no ejercemos la capacidad de abstracción desaparece la historia y el capitalismo deviene en destino.

No puedo dejar de conectar este lúcido libro con cosas que me interesan especialmente, referentes al desarrollo de la disciplina de la ciencia política en la región: las dictaduras, su horroroso prontuario y la (necesaria) revalorización de la democracia que conllevó, la caída del mundo ‘socialista’ y sus efectos académicos (deslegitimación del marxismo), el ascenso de los Estados Unidos como potencia hegemónica, la ‘necesidad’ de marcar perfil frente a la sociología, entre otros, conforman lo que llamo una ‘relacionalidad compleja’ que tuvo fuertes efectos en nuestra disciplina. Entre otros que la preocupación por la relación entre la democracia y la igualdad (económica) fue borrada del mapa, y que el (neo) liberalismo devino incuestionable. (Vaya paradoja: los liberales de hoy critican al marxismo por no reconocer la sagrada “autonomía de la política” –interpretación liviana, grosera simplificación– mientras dicha autonomía es sacrificada de buena gana siempre y cuando sea en el altar de la ‘buena’ gestión económica). Este libro empero demuestra que la ciencia política uruguaya sigue siendo tan plural como siempre lo fue, y que además da lugar a desarrollos distintos, novedosos y críticos.

Tres conclusiones muy valiosas del trabajo: i) democracia y desigualdad no son una combinación necesaria (existieron sociedades democráticas y económicamente homogéneas); ii) la democracia tal como la conocemos hoy no genera conformidad respecto de la distribución de la riqueza y no elimina las tensiones redistributivas (puede aplacarlas y disimularlas, mas nunca extirparlas); iii) sobrevalorar el carácter redistributivo *intrínseco* de estas democracias es un error. Personalmente encuentro en este libro además un impulso profundamente crítico, que denominaría desfetichización

del “desarrollo” y del “crecimiento”.¹¹ Hay preguntas que los economistas sencillamente no pueden responder: ¿por qué hemos de aceptar sin más que es en sí mismo deseable que la economía crezca indefinidamente? Quizá sea mejor ser austeros, igualitarios y democráticos (yo agregaría, y diversos). Qué mejor forma de terminar el recorrido por este valiosísimo trabajo que con las palabras de su autor, que apuntan precisamente a esta gran cuestión: “La historia humana demuestra que una convivencia democrática no requiere opulencia ni afán de lucro, entonces podemos estar seguros de que cualquier movimiento a favor de una redistribución consistente del ingreso que evite la miseria,¹² y cualquier medida que regule las actividades humanas en pro de la sustentabilidad del ambiente, no pueden afectar negativamente la viabilidad de una convivencia libre y armónica”. El equilibrio ambiental y el democrático no han de confundirse con “el pretendido equilibrio del mercado” (144).

¹¹ Traversa esencializa al marxismo como una escuela más que cae en la falacia desarrollista (cuanto más crecimiento económico, mejor). No puedo extenderme aquí en este punto, pero considero que esto es totalizar ‘un momento’ de Marx, para quien en realidad *la naturaleza era el cuerpo inorgánico del hombre y el capitalismo rompía el metabolismo entre ambos*. En las comunidades primitivas impera precisamente el valor de uso por sobre el valor de intercambio y eso tiene su fuente en las mismas estructuras de *producción* (quedarse en el intercambio como problema supone quedarse en la superficie fenomenológica del capitalismo). En el libro de Traversa hay silencio sobre la cuestión de la explotación que queda subsumido en el problema del intercambio como modo de integración.

¹² ¿Pero se trata solo de evitar la miseria? Se puede evitar la miseria en sociedades muy desiguales.